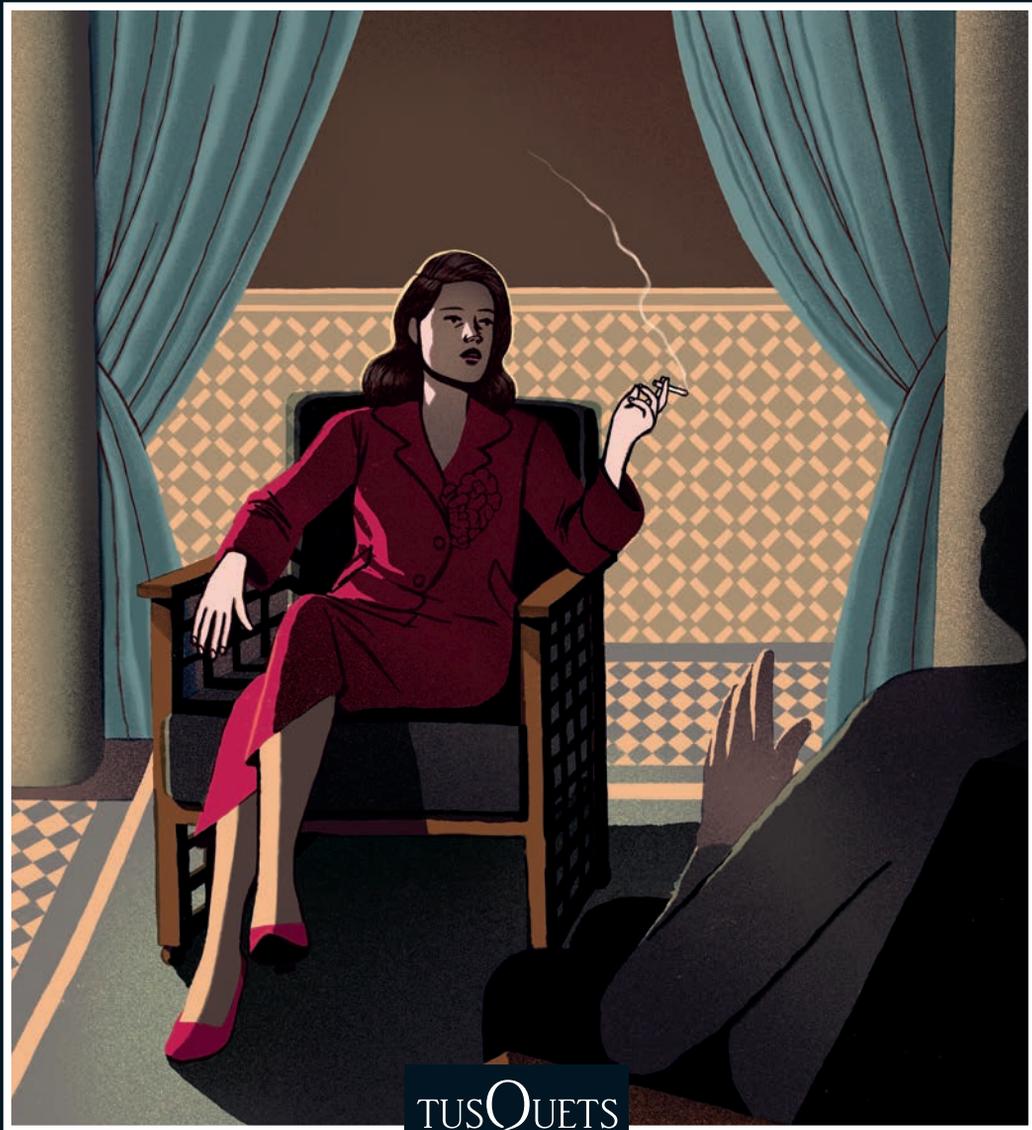


Friedrich Dürrenmatt

EL ENCARGO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FRIEDRICH DÜRRENMATT
EL ENCARGO
O sobre el observar del observador
de los observados

Relato en veinticuatro frases

Traducción de Juan José del Solar

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Der Auftrag oder vom Beobachten des Beobachters der Beobachter*

1.ª edición en esta presentación: noviembre de 2021

© 1986 by Diogenes Verlag AG Zürich. Todos los derechos reservados

De la traducción: © Juan José del Solar, 1988
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-044-7
Depósito legal: B. 15.985-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cuando la policía notificó a Otto von Lambert que su esposa Tina había sido encontrada muerta y violada junto a las ruinas de Al-Hakim, sin que se hubiera logrado esclarecer el crimen, el psiquiatra, conocido por su libro sobre el terrorismo, hizo que el cadáver fuera transportado en helicóptero por encima del Mediterráneo, amarrando bajo el aparato con un cable el ataúd en que yacía la difunta, de suerte que este, suspendido en el aire, voló sobre inmensas superficies iluminadas por el sol y entre jirones de nubes, atravesó incluso una tormenta de nieve sobre los Alpes y, más tarde, varios aguaceros, hasta que, en presencia del cortejo fúnebre reunido en torno a la tumba abierta, fue bajado suavemente al fondo y cubierto enseguida con paletadas de tierra, tras lo cual Von Lambert, que había observado que también la F.

estaba filmando la escena, cerró su paraguas pese a que llovía, la miró brevemente de arriba abajo y la invitó a que lo visitara esa misma noche con su equipo de filmación, pues tenía para ella un encargo que no admitía dilación alguna.

Conocida por sus retratos filmicos, la F., que se había propuesto recorrer nuevas vías y se aferraba aún a la vaga idea de realizar un retrato global, el de nuestro planeta, esperando conseguirlo a base de ensamblar escenas casuales en un todo —razón por la que había filmado el extraño entierro—, siguió con mirada perpleja a aquel hombre macizo, Von Lambert, quien, sin afeitarse y empapado por la lluvia, y con el abrigo negro desabrochado, le había dirigido la palabra y se había alejado de ella sin despedirse, y decidió aceptar la invitación solo tras muchas vacilaciones, pues un oscuro presentimiento le decía que allí algo no cuadraba y que además corría el peligro de embarcarse en una historia que la apartaría de sus planes, de modo que se presentó más bien de

mala gana con su equipo en el apartamento del psiquiatra, impelida únicamente por la curiosidad de saber lo que este quería de ella y decidida a no comprometerse en nada.

Von Lambert la recibió en su estudio, exigió ser filmado de inmediato, se sometió dócilmente a todos los preparativos y, sentado detrás de su escritorio, ante la cámara en marcha se declaró culpable de la muerte de su esposa, que sufría a menudo serias depresiones, por haberla tratado siempre más como un caso clínico que como a una mujer, hasta que ella, tras haber descubierto por casualidad lo que él iba anotando sobre su enfermedad, abandonó sin más ni más la casa, vestida con un traje tejano sobre el que se había puesto su abrigo de piel rojo y llevando solo un bolso, según informó el ama de llaves, y desde entonces él no había vuelto a tener noticias suyas, aunque tampoco había hecho nada por averiguar algo sobre ella, por un lado para dejarle plena libertad, y, por el otro lado, para

ahorrarle la sensación, si llegaba a enterarse de sus pesquisas, de que él la seguía observando, sin embargo, tras un final tan horrible como el de Tina, y ahora que él reconocía su culpa no solo por el método que empleara con ella, el de la fría observación prescrita por la psiquiatría, sino también por no haber hecho ningún tipo de indagación, consideraba un deber suyo averiguar la verdad, más aún, hacerla accesible a la ciencia, enterarse de lo que había ocurrido, pues él ya había llegado al límite de las posibilidades de su ciencia —límite trazado por el destino de su esposa—, su estado de salud era ruinoso y no estaba en condiciones de viajar personalmente al lugar de los hechos, por eso le encomendaba a ella, la F., el encargo de reconstruir, junto con su equipo, el asesinato de Tina, del que él era causante como médico y en el que el asesino solo representaba un factor aleatorio, en el lugar donde según toda evidencia se había producido, registrando lo que hubiera que registrar a fin de que la película que filmase pudiera ser exhibida en congresos de especialistas y en la fiscalía del Estado, pues como culpable él había perdido, al igual que cualquier delincuente, el derecho a mantener su delito en secreto, y diciendo esto

le entregó un cheque por una cantidad considerable, varias fotos de la difunta, así como el diario de esta y las notas que él había escrito, tras lo cual la F., para gran asombro de su equipo, aceptó el encargo.